

Norbert Lechner

Obras III

Democracia
y utopía: la tensión
permanente



SUMARIO

Introducción • 11

1985

1. Pacto social en los procesos de democratización: la experiencia latinoamericana • 21
2. Problemas de la democracia y la política democrática en América Latina • 49

1987

3. Sobre moral y política • 97

1988

4. Los desafíos de las ciencias sociales en América Latina • 105
5. Los patios interiores de la democracia: subjetividad y política • 117

1989

6. El sistema de partidos en Chile: una continuidad problemática • 231

1990

7. El desafío de la democracia latinoamericana • 271

1991

8. Condiciones socioculturales de la transición democrática: a la búsqueda de la comunidad perdida • 285
9. Reflexiones y desafíos para la izquierda • 303
10. Prólogo [del libro *Capitalismo, democracia y reformas*] • 305

1992

11. Reflexión acerca del Estado democrático • 311

1993

12. Apuntes sobre las transformaciones del Estado • 321

1994

13. La igualdad como oportunidad para la democracia • 333

1995

14. Cultura política y gobernabilidad democrática • 339
15. La (problemática) invocación de la sociedad civil • 349
16. La democracia entre la utopía y el realismo • 361

17. El malestar con la política y la reconstrucción de los mapas políticos	•	375
18. Intelectuales y política	•	393
19. Intelectuales y política: nuevo contexto y nuevos desafíos	•	397
<i>Índice onomástico</i>	•	403
<i>Índice general</i>	•	409

INTRODUCCIÓN

ILÁN SEMO, FRANCISCO VALDÉS UGALDE
y PAULINA GUTIÉRREZ

La proximidad entre la sociología política de Norbert Lechner y la literatura de Italo Calvino no es fortuita. Entre todas las ciudades imaginables, ambos nos previenen de las que están desprovistas de un sentido que conecte sus partes, sin historias ni hábitos conmensurables; las que no albergan la posibilidad de la diferencia, ni tienen algo que decir. Y sin embargo, incluso ahí la vida prosigue, porque “las ciudades, como los sueños, están construidas de deseos y de miedos, aunque el hilo de su discurso sea secreto, sus reglas absurdas, sus perspectivas engañosas y toda cosa esconda otra”.¹ El centro de la subjetividad social se encuentra, para Lechner, no en la mirada del discurso, ni en las reglas, ni en las perspectivas; se encuentra en la “ciudad invisible” hecha de deseos y miedos. Los textos que reúne el tercer tomo de sus *Obras*, escritos entre 1984 y 1996, plantean no un tema sino un problema o, mejor dicho, un desafío: exponer la dimensión subjetiva de la política. Un desafío que es teórico y heurístico a la vez, y que lo acompañó hasta el final de sus días. “¿Por qué optar por un enfoque tan esquivo, sabiendo cuán opaca es la subjetividad, cada máscara remitiendo a otra en una secuencia interminable de muñecas rusas?”, se pregunta en la “Presentación” de *Los patios interiores de la democracia*, acaso el trabajo axial de este volumen, y la obra que lo dio a conocer. ¿Qué es la política sino, como escribió alguna vez Guattari, el emplazamiento que nos plantea y requiere el otro? El otro que figura en su sombra al orden y a sus disyunciones, al nombre de la ley y a la ley-por-venir, a la empatía y al peligro, a la repetición y la diferencia. La subjetividad es siempre la subjetividad del otro. Ese otro es una máscara/las máscaras. El material de la política es, por definición, su indeterminación: la distancia que separa los discursos y las prácticas, el significado y el sentido, la retórica y la verdad, el cuerpo y las instituciones, los fines y las intenciones, la máscara y el rostro. El problema reside en develar los grados de esa indeterminación, en descifrar no la máscara en sí sino la “secuencia interminable” de máscaras que deriva en una forma, en advertir

¹ Del epígrafe de la “Presentación” de *Los patios interiores de la democracia*, en este mismo tomo, pp. 121-225.

el espesor de los presentes que propicia y las condiciones de posibilidad que se entrecabren.

Habría que comenzar, sugiere Lechner, por aquello que fija, sin definir, la acción política; lo dado propiamente, que es la relación que se abre entre la política y lo político, el fenómeno mismo de lo que se pone en potencia y se multiplica en el vago objeto de los sujetos que delimitan los “patios interiores” del poder y sus lugares. Los modos de ser de la acción están integrados por tres planos: *a)* la relación entre la política y el tiempo; *b)* la escena del espacio y sus determinaciones; *c)* las constelaciones cognitivas, ideológicas y conceptuales del significado. Para explorar la lógica en la que se entrecruzan estos tres planos, que nunca aparecen aislados, es preciso distinguir, en primera instancia —es decir, prescindiendo de toda mediación objetual—, la diferencia entre el sentido del devenir y el devenir del sentido. No existe en el imaginario moderno dimensión más opaca que la que se deriva de la pregunta por el sentido de la acción política. Poco ha quedado aquí de la precisión que Max Weber hace sobre las “formas del sentido”. Una acción produce un espacio de potencia cuando su contenido se despliega, por un lado, bajo el signo de un fin último (la humanidad, el Estado de derecho, la democracia, etc.), un fin que escapa a toda factibilidad y es propiamente inconmensurable, es decir, como una signatura simbólica. Por otro, debe responder a las exigencias de la situación, las alianzas, las medidas de fuerza, los desplazamientos súbitos: debe desplegarse como una referencia contingente. Lo singular de la relación entre lo simbólico y lo contingente en la esfera de la política es la fragilidad de su equilibrio: una paradoja en movimiento permanente, cuya eficacia sólo es consignable si produce una promesa de inmanencia. En política la significación reside en aquello que aparece como “lo necesario”. El sentido del devenir, que está representado en lo contingente —léase el principio de realidad de lo político—, sólo cobra una intensidad cuando hace del mismo devenir una caja de resonancia del sentido. La signatura simbólica inscrita en este sentido se define por el orden de lo dispar, de las antípodas, mientras que el plano de lo contingente se despliega estrictamente a partir de una escala de intensidades. De ahí la necesidad de distinguir entre los tres niveles que integran la acción política: lo simbólico, lo contingente y lo que más tarde Lechner llamaría los “mapas mentales” de la interpretación y la significación. Aunque nunca están presentes por sí solos, cada uno de estos niveles mantiene una lógica que es posible delimitar.

Lechner explora la dimensión temporal de la experiencia política en tres momentos de este tomo: las teorías sobre el realismo, el principio de incertidumbre inscrito en todo orden social y el proceso de la segunda secularización (o la secularización de la política) en la modernidad tardía. La redacción de los textos que conforman *Los patios interiores* transcurrió entre 1984 y 1987. Casi todos fueron elaborados en Santiago de Chile, una década después

del golpe militar y en plena dictadura, bajo el enorme esfuerzo de renombrar la palabra “sentido”. Escribe Lechner: “El golpe militar de 1973 es un cruel despertar. De un momento al otro los sueños (utopías y pesadillas) se disipan y se abre a la vista una realidad desconocida y aterradora. Un temporal barre los esquemas de interpretación como hojas muertas y deja al desnudo a los intelectuales. De vanguardias de la lucha ideológica pasan a ser elementos subversivos o, en el mejor de los casos, marginales. Se viene abajo el mundo —nuestro mundo— y, sin embargo, la vida sigue. Seguimos con vida en un mundo innombrable y, a la vez, banal. No sabemos dar cuenta de la realidad del país, ni siquiera de nuestra vida cotidiana. Quedamos sin discurso y enmudecidos buscamos recuperar la palabra. La recuperación de la palabra pasa por nombrar lo perdido”.

Hacia la mitad de la década de los ochenta predominaba un clima de incertidumbre en el que la Junta Militar había empezado a perder gradualmente legitimidad, y todavía no aparecía en el horizonte la forma como habría de ser separada del Poder Ejecutivo. La posibilidad de un cambio vía las urnas, la “ruptura pactada”, era todavía vaga. Entre la perseverancia del *statu quo* y la posible radicalización de la violencia, el dilema (para una franja del mundo intelectual) consistía en crear los lenguajes, los códigos y las nomenclaturas que propiciaran un viraje que, desde su origen, llevase el signo de un mandato democrático. En 1986, Lechner describía la situación con la misma interrogante que se hacía la sociedad política: “¿Cómo construir un (nuevo) orden político cuando unos exigen la perpetuación de lo existente, otros reivindican la revolución ahora y otros postulan la ruptura pactada?”

El tema del “realismo” como una apropiación vital (y una valoración crítica) del pasado se volvía relevante. Pero los dos textos que lo desarrollan van más allá. Reúnen, sin proponérselo, un breve tratado sobre una ciencia que aún está por configurarse, la ciencia del *kairos*, la *kairología* según una re-suelta sugerencia de Giorgio Agamben. En la tradición griega el término se usa de maneras disímbolas. Hesíodo lo describe como “todo lo que es mejor que algo”, es decir, un *ahora* que se mide por una concentración de intensidades. Eurípides, en cambio, habla del “momento adecuado para capitalizar la espera”: una diferencia en la diferencia. Aristóteles secunda la idea de Eurípides y la postula como un punto de encuentro entre el *pathos* y el *ethos*. Escribe en *La retórica*: “la oportunidad y el contexto adecuados en el que la prueba debe entregarse”. Al principio de la liturgia ortodoxa, el ayuda le dice al presbítero: “Ha llegado el momento de que el Señor actúe” (*Kairostoupoiesai a Kyrio*), lo que equivale al retorno de la posibilidad de encontrar el destino. En la tradición cristiana, *kairos* significa “la época decisiva”. Entre los pensadores modernos críticos de la tradición teológica, la visión de Lechner se acerca más a la que adelanta Deleuze en *Lógica del sentido*: “El devenir ilimitado se vuelve el acontecimiento mismo [...] El futuro y el pasado, el más y el menos, lo excesivo y lo insuficiente, el ya y el aún-no: pues el acontecimiento

infinitamente divisible es siempre *los dos a la vez* [...] lo que acaba de pasar y lo que va a pasar, pero nunca lo que pasa [...].²

Los textos de *Los patios interiores* parten de una premisa de Maquiavelo. Realismo es una “categoría crítica” que se refiere a las condiciones que definen “la construcción de un orden nuevo”. En la política toda decisión es espectral. El número de opciones posibles es irreductible: es una serie $n + 1$, en la que 1 denota la propia e inesperada decisión. La situación emplaza a la decisión: le exige una secuencia. El dilema reside en cómo encontrar la forma en que los cambios den lugar a un orden duradero. El realismo se plantea así como un *kairos* moderno: 1) como el momento en que la conciencia sobre el pasado cobra su eficacia plena sobre el presente; 2) como una elección para actuar frente a un futuro abierto. Si la crisis es el momento en que la opción del orden parece inconcebible, realismo significa la posibilidad de lo imposible.

¿De qué “nuevo orden” se trata? Para Lechner todo orden social es inevitablemente conflictivo. De ahí su crítica a la idea hegeliana del “fin de la historia”. Orden y conflicto son las dos caras de la moneda de un solo principio: las antípodas que constituyen la posibilidad de la sociedad. Aquello que la sociedad es reside en su multiplicidad: multiplicidad de los tiempos de vida, de los lenguajes, de los cuerpos, de las identidades, de las filiaciones. La política no se reduce a la relación amigo/enemigo —ésta es la lógica de la guerra, donde incluso hay un tercero excluido: ¿a quién representa el enemigo de mi enemigo?—; es el dilema inscrito en la potencia de la multiplicidad, en sus espacios de energía, sus islas, sus penínsulas, su centro y sus confines. Si la sociedad es heterogeneidad *en sí*, flujos maquínicos de heterogeneidad, o en otras palabras, deseo, la trama de la política es la territorialización de lo heterogéneo, la construcción de lo singular —la pregunta de cómo sincronizar (y acoplar) una diversidad irreductible de temporalidades—.

Hacia fines del siglo xx emerge un giro distintivo en el ámbito de la temporalidad de lo político: cambia el concepto mismo de cambio. Lo que se exige a toda perspectiva democrática no sólo es desplazar el antiguo régimen autoritario, sino desplazarlo de tal manera que el espectro de incertidumbre abierto por la ruptura no se transforme en una espiral gradual de riesgos crecientes. La idea de convertir la sociedad en “un lugar más seguro” deviene el centro del plano de afectación. Lechner plantea la cuestión de la incertidumbre de una manera original, propia, y traza una distancia crítica tanto de las teorías instrumentales de la transición como de la doctrina del consenso de Juan Linz. El carácter del cambio está dado por la forma en que el acontecimiento de la ruptura se traduce en una promesa de duración, es decir, se traduce en la producción de una nueva subjetividad política. El destino de la incertidumbre de la novedad (democrática) depende de que en el vértice de

² G. Deleuze, *Lógica del sentido*, Barcelona, Paidós, 2005, p. 34.

esa nueva subjetividad emerja de manera cada vez más gradual su elemento constituyente: la pregunta por la conciencia del límite, el problema de la libertad del otro.

Un rasgo central del tiempo de lo político reside en la imprevisibilidad radical del futuro. En principio, escribe Lechner, “descartando lo imposible (las utopías), todo es posible”. Pero si esto fuera cierto, el “pavor nos paralizaría; de hecho, no todo es posible [...] La cuestión es: ¿cómo reducimos la complejidad del futuro posible a un presente actual?” La pregunta lo remite a la teoría de Niklas Luhmann sobre la espectralidad del tiempo presente. Todo presente encierra un futuro en tanto horizonte de expectativas y de posibilidades. Las expectativas pueden ser crecientes y las posibilidades contadas, o viceversa, el espectro de posibilidades se amplía, pero las expectativas no se modifican. El futuro actual equivale al espesor de los presentes que definen el devenir (y que demandan el dilema de la decisión). En la medida en que el presente actual y el presente-por-venir se mantienen en sintonía, se produce un plano de duración. Por el contrario, el acontecimiento introduce una discontinuidad, una ruptura, la posibilidad de la novedad: fractura el plano de duración. Entre el tiempo presente y el futuro aparece una brecha, un cisma: una diferencia. El sentimiento de incertidumbre se domicilia en las percepciones de esa diferencia.

Por “futuro actual” Lechner no entiende los días, los meses o los años, todo aquello que es itinerable o contable, u objeto de pronósticos o escenarios. Entiende lo incalculable, lo impensable, lo que está-por-venir, el *avenir* de la lengua francesa, la llegada o la irrupción del otro con el que no contábamos. Es ese otro, su proximidad latente, el que porta en sí la signatura de la incertidumbre. La pregunta por la duración, por la radicalización de la potencia inscrita en el acontecimiento, por la restitución propiamente del orden democrático, se plantea así como un “problema”: “¿cómo respetar la libertad del otro y, a la vez, reducir su imprevisibilidad?”. Es un tema al que Lechner se aproxima desde múltiples lados a lo largo de todo el tomo. Su respuesta, sin embargo, parte de un principio: si se aspira a una reforma política profunda de nuestras sociedades, es preciso reformar primero la política misma. El desafío de la construcción de un orden democrático plantea a las sociedades latinoamericanas no sólo una reflexión sobre su reciente pasado autoritario, sino sobre su pasado en general.

En el siglo XVIII América Latina es un universo dominado por la condición teológica. La Ilustración es un barco que a veces se estaciona y a veces encalla frente a sus riberas. En el siglo XIX esa condición sólo cambia de forma, no de contenido. Nuestra modernidad no sólo es una versión secularizada del mundo religioso, como sucede en la mayor parte de Occidente, es su versión cuasi mimética. Más que una transformación, un relevo del antiguo régimen. No sólo porque la vida cotidiana se mantiene atada a la religiosidad, sino por la centralidad que ocupa la Iglesia en el imaginario público. En lugar de los